

electo obispo, contra el cual escribió con vehemencia San Bernardo, para que no fuese consagrado, por no creerle bueno para obispo, no impidieron que estos dos grandes varones prosiguiesen en su correspondencia y amistad. Y Pedro, al paso que defendía su congregación, se aprovechaba de los avisos de San Bernardo, para corregir algunos abusos, y después publicó setenta y seis decretos ó artículos de reforma, en cada uno de los cuales dá razón de la mudanza.

»El año de 1128 el legado del Papa que celebraba un concilio en Troyes, hizo venir á San Bernardo. El Santo, al pronto se excusaba, porque acababa de salir de una enfermedad, y decía: «A ver si á lo menos con este motivo me dejarán estar en mi claustro mis amigos: ellos que con pretexto de obediencia no me dejan parar. Para todos asuntos me hacen correr á los pueblos, como si yo fuese mas capaz que los otros para terminarlos. Si esto fuese así, en mi solo, ¡oh, Dios mio! os hubierais engañado, llamando á la vida monástica á un hombre necesario al mundo, sin el cual los obispos no pueden tratar sus dependencias.» En efecto estaba el Santo casi en un continuo movimiento. A lo menos hizo tres viajes á Italia, dos á Aquitania, otros dos á Alemania y continuos á Paris y otras ciudades de Francia. En todos lugares, en público y en particular exhortaba siempre á la penitencia, á la reforma de costumbres, ó al amor de la vida monástica. Así en estas salidas reclutaba gentes para su nueva milicia espiritual; y en la ciudad de Milan ganó de una vez bastantes para un nuevo monasterio.

»Fueron muchos los eclesiásticos que dejaron la ostentación y vida cómoda, con que solían vivir los prebendados de aquellos tiempos, por un efecto de las exhortaciones de San Bernardo. De estos fueron Enrique, arzobispo de Sens, Estéban, obispo de París, y Sugerio, abad de San Dionisio. A Enrique dedicó el Santo el excelente *Tratado de las obligaciones de los obispos*, que principalmente se dirige á que deben conciliarse el respeto debido á su dignidad, no con la pompa de sus trenes y comitivas, ni con la riqueza de sus vestidos y alhajas, ni con la grandiosidad de sus edificios, sino con las virtudes y obras buenas. A Estéban la reforma que hizo en su familia, y en su porte y conducta, le acarreó la desgracia del rey Luis el Gordo: al cual escribió el Santo en nombre del

monasterio de Cister con libertad apostólica para que estimase como debía á Estéban cuando mejor se portaba. Al abad Sugerio da el Santo la enhorabuena de haber remediado el escándalo que daba á la Iglesia con el fausto y vida secular, y con hábitos costosos, y numeroso séquito; y especialmente le alaba de haber reformado su monasterio. Tan importantes eran los frutos generales de las salidas del Santo: veamos las particulares resultas de algunos de sus viajes.

»El año de 1130, Luis el Gordo convocó un concilio en Etampes, para ver cual de los dos papas electos lo era canónicamente. Citó con particularidad al Santo, y todo el concilio determinó conformarse con su dictámen. Temblando aceptó la comisión: después de un maduro exámen, declaró que Inocencio debía ser reconocido; y toda la Francia le prometió obediencia. De algunas cartas del Santo puede colegirse cuanto trabajó para extinguir el cisma. Inocencio después, en agradecimiento, concedió á los cistercienses el privilegio de no pagar diezmo de las tierras que cultivasen con sus manos, y de sus ganados.

»El año siguiente el Papa pasó á Alemania; y el rey Lotario aprovechó esta ocasión, en que el Papa necesitaba tanto de los alemanes, para pedirle las investiduras. Los romanos enmudecieron; pero quiso Dios que se halló presente San Bernardo, y con gran entereza y valentía se opuso á la pretensión del rey, manifestó que era injusta é intempestiva, y le hizo desistir con maravillosa autoridad. El año 1132, cuando el Papa fué á Italia le acompañó el Santo, y pasó á Génova de orden de Su Santidad, para ajustar la paz de aquella república con los pisanos, como lo verificó con admirable prontitud. Poco después pasó á Alemania, y fué el mediador de la de Lotario con los sobrinos de su predecesor. Volvió luego que pudo á Claraval; pero el año 1134 ya le vemos en el concilio de Pisa por orden del Papa, quien le mandó pasar luego á Milan, donde habia dominado el cisma.

»El Santo fué recibido con muy extraordinarias demostraciones de respeto. Los milaneses le besaban los piés sin que pudiese impedirlo, é iban acompañándole con aclamaciones continuas. La fama de sus milagros llevó á su presencia innumerables enfermos y energúmenos: el Santo los curaba con agua bendita, con la señal

de la cruz, y tal vez por la virtud de la santa Eucaristia. Le llevaron entre otros una mujer, que habia siete años que padecia convulsiones violentísimas, y no se dudaba de que estaba poseida del demonio; y todas las gentes le suplicaban que la curase. La humildad del Santo padecia mucho en estos lances; pero interiormente se confundia de tener menos fé que aquellas gentes sencillas, y temia ofender á Dios desconfiando de su omnipotencia. Hizo, pues, oracion: la mujer al instante quedó curada; y el pueblo lleno de admiracion y de júbilo prorrumplia en alabanzas de Dios. Vacaba entonces el arzobispado de Milan. Porfieron clero, nobleza y pueblo en que lo admitiese; pero no hubo forma. El Santo lo rehusó con la misma constancia que despues el de Reims, y antes los obispados de Génova y Chalons. De Milan, por orden del Papa pasó á Pavia y á Cremona, para tranquilizar la Lombardia; pero los cremoneses no quisieron su mediacion.

»El año siguiente de 1135 hizo otra expedicion no menos útil y admirable. Con Godofredo, obispo de Chartres, legado del Papa, pasó á Aquitania, cuyo duque Guillermo no queria restablecer varios obispos injustamente depuesto de resultas del cisma. Aquel dominio sobre las voluntades de los hombres, que daban á nuestro Santo la superioridad de sus razones, la energía de sus palabras, y la santidad de sus costumbres, faltó en esta ocasion. No puede el Santo vencer al duque con las armas regulares; pero Dios le inspira que se valga de otras extraordinarias, y vence. Entra Bernardo en la iglesia con los de su comunión; y el duque por ser de la otra se queda á la puerta. El Santo dice misa; y despues de la consagracion, impelido de un movimiento celestial, pone el cuerpo del Señor sobre la patena, y la cara hecha brasas, y los ojos centelleando sale fuera, y así que ve al duque, no ya como antes con la humildad de quien ruega, sino en tono amenazador, le dice estas terribles palabras: «Nosotros te suplicábamos; y tú nos despreciastes. Ahí está el Hijo de la Virgen que viene á tí, la cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues. Ahí está tú juez, en cuyas manos tu alma ha de venir á parar. ¿Le despreciarás como has despreciado á sus siervos?» El duque desde que vió salir al santo abad trasportado de celo, y llevando en sus manos el cuerpo del Señor, concibió tal espanto que cayó al suelo: temblábale

todo el cuerpo, echaba profundos suspiros, no hablaba, ni miraba; parecia que le habia dado un ataque de apoplejía. El Santo se acercó mas: le tocó y le dijo: «Levante, y atiende lo que Dios te manda. Ahí está el obispo de Poitiers, á quien echaste de su iglesia: admítele luego en tu gracia: restitúyete su silla: restablece la paz en tus estados; y reconoce al papa Inocencio.» El duque sin hablar palabra va hácia el obispo de Poitiers, le admite el ósculo de paz, y desde entonces quedó esta restablecida en toda la iglesia de Aquitania.

«En los intervalos que le dejaban estos viajes, los que hizo predicando la cruzada, el de Tolosa contra los herejes Enricianos, y los demas que omito, gozaba en Claraval el mayor consuelo, viendo los progresos que hacia su congregacion. Al tiempo de su muerte eran ya setenta y dos los monasterios que habia fundado ó agregado á su orden, once de los cuales eran de España, y de estos monasterios habian salido otros muchos mas. El santo en el invierno inmediato á su muerte, se halló sumamente débil, precisado á guardar cama, y con dolores muy agudos; pero no por esto dejaba de meditar las cosas santas, dictar, rogar y exhortar á sus hermanos. Se animaba á levantarse un rato para decir misa, hasta que en fin las fuerzas le faltaron enteramente. El Santo llevaba estos trabajos con gran gozo y tranquilidad de espíritu, consolado con la cercanía de su fin, pero los monjes lloraban amargamente la muerte, que á Bernardo servia de gozo. Animábalos él, aconsejábales que procurasen abrigarse en el seno de la esperanza y de la fé, inspirábales temor de los juicios de Dios, amor á la vida de la caridad, fervor en la práctica de las virtudes, celo por la causa de Dios, y constancia y firmeza en el camino que habian emprendido. De esta suerte rodeado de los obispos y abades de aquella provincia, entre los suspiros y lágrimas de sus monjes, pasó Bernardo á la gloria de los justos el 20 de Agosto de 1153, á los 63 años de edad.

»La doctrina, celo y piedad que brillan en las obras de San Bernardo le hacen contar entre los santos padres y doctores de la Iglesia. Digamos algo de las principales. En las cartas, que son unas cuatrocientas cincuenta, se vé que su celo se extendia á todas clases de gente, á todos lugares y materias. Entre sus tratados

merecen el primer lugar, los cinco libros de la *Consideracion* dirigidos al papa Eugenio III, su discípulo. Los escribió el Santo para edificacion y consuelo de Su Santidad, y á impulsos del paternal amor que le tenia. Desde el principio le compadece de que haya de estar metido en pleitos y disputas sobre negocios temporales; y le encarga que dé algun intervalo á estas ocupaciones, para entregarse á la consideracion, esto es á las reflexiones útiles á su salud eterna, á fin de que no se descuide de sí mismo con el pretexto de la caridad del prójimo. Quisiera el Santo que el Papa pudiese desprenderse de juzgar las causas, que hace necesarias la malicia de los tiempos, la calumnia, la violencia y la opresion de los pobres; pero á lo menos le encarga corrija el método de substanciarlas, al cual supone tan lleno de dilaciones capciosas, disputas ridículas de palabras, y otros defectos, que le llama execrable, é indigno hasta de un tribunal secular. En el libro II, dice el Santo que la *consideracion* es una inquisicion atenta de la verdad, en lo que se distingue de la *contemplacion*, que supone la verdad conocida. Propone despues los objetos que debe considerar Eugenio en sí mismo.

1. Los deberes ó cargos de su dignidad, que es ministerio y no dominacion, trabajo y no descanso; no encargo de domar lobos, sino de dominar sobre ovejas, un medio de ganar nobleza con la santidad de costumbres, con la pureza de la fé, y sobre todo con la humildad.

2. La grande autoridad y preeminencia de la dignidad pontificia, de que dá el Santo muy nobles ideas.

3. Y las costumbres, y conducta que debe tener el Papa. Sobre esto le encarga que considere mucho que progresos va haciendo en la virtud: especialmente en el celo del bien de la Iglesia, en la clemencia con sus enemigos, en la paciencia en las adversidades, en la moderacion en la prosperidad, y en el aborrecimiento de la ociosidad, de chanzas menos honestas ó excesivas, y de toda acepcion de personas en la administracion de justicia. Añade que no le habla de la avaricia, porque es público su heróico desinterés.

«En el libro III, trata de lo que el papa debe considerar bajo de sí: «Esto es, dice el Santo, los hombres de todo el mundo, pero para cuidarlos, no para dominarlos. No hay veneno, ni hierro que

mas tema por tí, que la pasion de dominar. A todos los hombres, debe extenderse tu vigilancia y cuidado: á los incrédulos, para que se conviertan: á los cismáticos, para que se reunan: á los herejes, para que se desprendan de sus errores: y á los católicos, para que cesen ya la ambicion, y el conato de desolar la Iglesia. ¿No son voces de estas furias las que mas resuenan en vuestro palacio? ¿No son ellas muchas veces las que hacen visitar los sepulcros de los apóstoles?» Trata luego el Santo de las apelaciones á la Santa Sede: supone su utilidad, y aun necesidad en muchos casos; pero declama con energia contra varios abusos que habia entonces en este particular. Aun se enardece mas contra la multitud de extensiones de la jurisdiccion ordinaria concedidas por la Santa Sede. Pero previene que cuando hay necesidad urgente, la dispensa es excusable, y aun laudable, si la exige la pública utilidad. Ademas advierte que algunos monasterios están exentos de la jurisdiccion ordinaria, porque los fundadores los dieron directamente á la Santa Sede por particular devocion. A estas consideraciones sobre las personas particulares, dice el Santo, que debe el Papa añadir otras sobre la Iglesia en general; y ver sobre todo como se portan los ministros, y como se cumplen las leyes. Con este motivo se lamenta de que ninguna observancia tenian los decretos hechos cuatro años antes en el concilio de Reims, sobre la modestia de los vestidos del clero, y las órdenes que deben tener los prebendados de las catedrales.

»San Bernardo en el libro IV de la consideracion propone á la del Papa, lo que está á su rededor, esto es, el pueblo y clero de Roma, y sus domésticos. Hace una horrorosa pintura de los vicios del pueblo romano, y dice que el Papa debe trabajar con celo en su conversion, aunque sin esperanza: *No estás obligado, le dice, á conseguirla, pero sí á procurarla.* Se lamenta de que todo el celo de muchos eclesiásticos se dirija á conservar el honor, privilegios y rentas de su dignidad. *Es cosa asombrosa, dice, que los obispos hallen luego sujetos á quienes confiar las almas; y lo que pertenece á honores ó bienes temporales lo cuiden por sí mismos, excusándose en que no hallan á quien confiarlo.* Por esto aconseja al Papa que encargue lo temporal á alguno de sus domésticos, y se dedique enteramente al bien espiritual de los fieles. Sobre todo le hace pre-

sente que debe elegir buenos cardenales, y legados de vida ejemplar y mucho desinterés. Por último en el libro V trata el Santo de lo que está sobre el Papa, y le dá materia para sublimes meditaciones de los ángeles, de la esencia divina, y de los misterios de la Trinidad y Encarnacion.

»Los tratados *de las costumbres y deberes de los obispos, de la reforma de los clérigos, del precepto de la dispensa, y la apología*, hacen ver que el Santo fué enviado de Dios, para restablecer las costumbres de los ministros de la Iglesia, especialmente del órden monástico. Escribió tambien varios opúsculos morales, como de *los grados de la humildad y del amor de Dios*, y teológicos, como de *la gracia y libre albedrio, y contra los errores de Abelardo, la vida de San Malaquias*, y varios sermones muy acabados, especialmente sobre el cántico de los cánticos.

»Seguramente la obra titulada *De Consideratione*, de la que nos acaba de hablar extensamente el señor Amat, es la mas importante entre las del santo Doctor. Sus Epístolas son en gran número y los historiadores refieren el milagro ocurrido al escribir una de ellas, que es la que se pone al frente de toda la coleccion. Era dirigida á un sobrino suyo que habiendo estado en el Claraval, dejándose persuadir por falsos amigos abandonó la órden. Dictada la carta á otro monje en el campo, cuando empezó á llover con fuerza. El escribiente iba á recoger el papel porque no se mojase, y el Santo le dijo: «Obra es de Dios, escribe y no temas.» El monje acabó su epístola en medio del agua, sin mojarse.

»Algo debemos decir sobre la Epístola 174 dirigida á los conógnos de Lyon, que llegó á adquirir mucha fama. Desde luego opinamos con muchos y respetables críticos que esta carta es apócrifa.

»Los canónigos de Lyon empezaron á celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepcion en el siglo XII, y San Bernardo en la Epístola citada no solo niega aquel misterio sino que condena su fiesta, como una innovacion reprobada y concluye diciendo que ántes de continuar celebrándola debia consultarse á la Santa Sede. Dado caso que la Epístola fuese suya, no por esto deberia tenerse por culpable, primero porque sometia su juicio al de la Sede Apostólica, y segunda porque el misterio de la Concepcion Inma-

culada de la Madre de Dios no ha recibido la sancion de la Iglesia hasta el 8 de Diciembre de 1858, en cuyo día el Sumo Pontífice Pio IX le declaró dogma de fé. Luego si San Bernardo opinaba de la manera contraria, no cometia ninguna falta. El que hoy manifestase esta opinion seria hereje. Empero sabiendo la gran devocion que San Bernardo profesaba á la vírgen María, de cuyas glorias fué el mas entusiasta cantor, es lo mas probable que no escribiese tal Epístola. Y hay además otra razon de gran peso para creerlo así. Vamos á exponerla.

»El santo Doctor tenia un secretario particular llamado Nicolás que poseia su sello, imitaba su estilo y escribia cartas apócrifas en su nombre. En la Epístola 298 del mismo San Bernardo que es dirigida á su discípulo Eugenio III, se leen estas palabras: «Nicolás ha salido de aquí, porque no era de los nuestros, y al salir ha dejado los mas vergonzosos recuerdos. Yo le conocí hace ya bastante tiempo; y esperaba que se convirtiese ó que se declarase como Judas, y ha sucedido lo último. Al ser expulsado, se han encontrado en su celda, libros, una crecida suma de dinero y tres sellos, el suyo, el del prior y el mio: y no el sello antiguo, sino el nuevo que yo habia necesitado adoptar para evitar sus sorpresas. *Ha escrito á muchas personas todo lo que ha querido en mi nombre y sin conocimiento mio.*» ¿Hay con esto, motivo suficiente para tener por apócrifa su carta á los canónigos de Lyon?»

De otros escritores, sino santos como el ilustre San Bernardo, merecedores de mencion y pertenecientes á la misma época que aquel, nos da el citado P. Amat, las noticias que á continuacion se transcriben:

«Ibo de Chartres habia estudiado la teología con el célebre Lanfranco en la abadía de Bec. El obispo que habia en esta ciudad fué depuesto por sus crímenes, y renunció en manos del Papa, quien en consecuencia dispuso que el clero y pueblo de Chartres eligiesen otro, y les recomendó el mérito singular de Ibo, que fué electo unánimemente á pesar de su resistencia: el rey le dió la investidura, y el Papa le consagró. En todo su pontificado se manifestó lleno de celo contra los desórdenes de aquel tiempo, y fiel observador de las leyes de la Iglesia. Fué muy perseguido y preso por haber escrito al rey contra su escandaloso casamiento. Sus fe-